

Dicha marginalidad es la que recupera Portillos al colocar las cruces de cañas de forma torcida –o corrida–, en alusión a la diferenciación en los entierros colectivos forzados de los pueblos indígenas, como en el grupo cultural de los Quilmes, en cuanto al recurso visual utilizado por el conquistador para distinguir selectivamente un muerto común (Indio) de la sepultura del verdadero cristiano.

La intención de invertir y reponer un signo visual tradicional y dogmático como las cruces mortuorias, produce una rebeldía de los símbolos que sitúa la obra de Alfredo Portillos en un horizonte propio de sentido que sigue indagando –de manera incisiva– sobre las posibles maneras de pensar las identidades en América Latina.

La selección de una última pieza ritual nos lleva a analizar la experiencia del “Altar de Difuntos” realizado en el espacio cultural Barraca Vorticista en paralelo al trabajo de otros artistas para el 2 de noviembre de 2008.

Ese altar fue en conmemoración de la última compañera del artista, aunque contaba con imágenes y fotos de otros seres queridos. Allí el público podía compartir las imágenes que había llevado de sus muertos, las fotos, los muñequitos de pan, las frutas, el vino y la bebida para brindar por la memoria de nuestros muertos. En un momento de la noche, Portillos ofreció unas palabras a los que todavía merodeaban ese otro tiempo entre los difuntos, y dijo: “los restos de comida y bebida me los llevo y hago otro ritual, porque esto ya no es arte, esto es otra cosa...”.

La posibilidad de pensar esas “otras cosas” que desbordan los límites autonómicos del arte son las condiciones fundamentales que permiten vislumbrar que algún sentido de lo artístico vuelva a formar parte de la fragua de la vida.